

III. PRÓLOGO.

1. A TI QUE ME DESTRUYES TE DIGO...

Me siento mal, me duele tener que llevar todos los días lo que para vosotros ya no es útil, hacéis que la vida que llevo dentro muera, me siento sola sin estar rodeada de todos mis compañeros a los cuales vosotros habéis matado. Ponéis obstáculos en mi camino, no puedo ver por donde voy ni escuchar el canto de los pájaros.

No quiero seguir callando, quiero poder hablar y ser escuchada. Siempre estoy ahí para lo que tu necesitas, pero no has sabido valorarme, crees que yo dependo de ti, pero se que es al revés, sin mi tu no estarías aquí.

Estoy para hacerte feliz, para hacerte sonreír, para que bebas de mi cuando lo necesites, no me desprecies, se que me necesitas.

No quiero seguir callando. No quiero que me desaproveches cuando no me vayas a utilizar. Quiero poder volver a brillar con los rayos del sol, quiero dejarme llevar sin tener que preocuparme por esos restos tuyos que hay 10 metros más adelante.

Al igual que tú, yo también sufro, yo también lloro.

Me siento engañada, tu que prometes no hacer daño a tus amigos, ¿Qué haces conmigo?

Quiero salir ya de este armario de silencio por el que pasan palabras que no llegan a nada. Quiero decirte a ti que tan poco te preocupas, que yo me preocupo por ti. Estoy tan hundida y perdida... te necesito para poder seguir con mi camino y llegar al fin al horizonte donde mis palabras no pueden ser calladas. Este es mi destino pero sin ti no puedo gran amigo.

Firmado:

El agua.

JOANA LECUONA HURTADO

🎨 Premio Aztertu'2004 - Ibañalde.

3ª Categoría – E.S.O.-

2. UN RÍO ALLÍ EN LA MONTAÑA.

Parecía que la niebla no se dispersaría jamás del horizonte, llevaban ya así tres días y el pronóstico para los siguientes no parecía muy favorable. A pesar de todo ello la primavera ya había comenzado a estar presente en los rincones de aquel encandilador pueblo de montaña, semi-escondido entre las colinas.

Era evidente que al pasar esos días de tiempo incierto toda la naturaleza del entorno brillaría con todo su esplendor.

Aquella mañana Carmen despertó a Mikel, su hijo, que se trataba de un niño despierto y vivaraz, y a sus ocho años recién cumplidos tenía unas inmensas ganas de saberlo todo, descubrir todos los porqués que se le planteaban en la vida, tarea que no le resultaba nada fácil porque los adultos que estaban a su alrededor no colaboraban demasiado en esclarecer sus dudas, quizá llenos de prejuicios y timideces que la vida en aquel pueblo les había dado, lugar donde parecía que no habían pasado los años, ni en el valle, ni en las casas, ni en la rutina, ni en aquel pequeño río que lo atravesaba alegremente, con un agua limpia y cristalina. Esa agua parecía haber salido de un cuento de hadas, tan lleno de vida, rodeado de plantas...

Para los habitantes del pueblo el río era parte de sus corazones, de sus vidas, marco de todas sus historias felices y de sus tardes tristes...

Mikel se aseó y vistió para ir a la escuela, que parecía de la época de la posguerra por lo sencillo y ajada des sus pupitres, materiales... pero es que tampoco había fondos suficientes en el pueblo para comprarlo nuevo. Bien, el hecho es que aquel día Mikel no fue a la escuela, por motivos que incluso el mismo desconocía aquel día cambio su rumbo, aun sin darse cuenta de que sus padres pronto descubrirían su pequeña travesura.

El niño comenzó a andar de las casas hasta que llegó a la parte menos habitada, punto que alcanzó pronto debido a la poca extensión del pueblo, siguió andando su un rumbo marcado, al menos conscientemente porque el camino que eligió fue el de ir junto al río, fijándose en todo y descubriendo cientos de cosas que habían estado junto a él siempre mientras jugaba... pero de las que nunca había sido consciente. Pero aquel día sí; todo estaba en silencio aunque con una dulce canción guiada por las notas que el agua dibujaba contra las rocas. Mikel estaba maravillado, se sentía como naciendo, en un mundo irreal que se hacía desconocido y maravilloso.

Tuvo la suerte de pasar una mañana mano a mano con la naturaleza, en igualdad, privilegio que no supo apreciar hasta muchos años después, cuando era un profesor en un modesto colegio de una gran ciudad, donde a los niños les hablaba de un río del que parecía brotar la vida en todas sus formas y ellos, sorprendidos le escuchaban como si su relato fuera algo muy lejano a ellos, un privilegio que jamás podrían disfrutar, y quizá tuviesen razón...

IRIA IGLESIAS DOMÍNGUEZ

1º Premio Azterta'2004 - Ibaialde.

4ª Categoría – Bachillerato.-